

Periódico original escrito con mucha sal y muchísima intención,
para dar la desazón á Cánovas y Pidal.

Francisco Pi y Margall.
Abogado. MADRID.

SE PROHIBE TERMINANTEMENTE LA REPRODUCCIÓN DE LOS TRABAJOS QUE VEAN LA LUZ EN ESTE PERIÓDICO.

AÑO I.

MADRID 2 DE FEBRERO DE 1885.

NÚM. 1.º

¡SUCEOS DE VILLAVERDE!

PARODIA ESTUDIANTEL EN UN ACTO Y NUEVE
CUADROS.

PERSONAJES.—Paco Romero (Alcalde).—Beato Alejo.—
Villaseca (Secretario).—Olivón (Alguacil).—Maestro de
escuela.—Reus.—Prensa democrática.—Prensa conser-
vadora.—Alguacil 1.º—Idem 2.º—Niño Ortiz.—Idem La-
bra.—Idem Mecedal.—Muchacho 1.º—Idem 2.º—Coro de
niños.
La acción acontece en un pueblo.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Habitación de la casa del alcalde. Puertas al fon-
do y á la izquierda. Mesa con útiles y efectos
de escritorio á la derecha. Junto á la mesa un
sillón, y al rededor de la habitación sillas. Col-
gadas en las paredes, una cabeza de un toro,
un retrato grande de Cánovas, un embudo, un
garrote grande, una espada de matador, una
pandereta y banderillas. En un rincón una gui-
tarra. Distinguese, en último término, un tra-
je de húsar que adorna una percha suelta.

ESCENA PRIMERA.

PACO sentado en el sillón, y con una carta en la
mano. Rompe el sobre y lee:

«Paco de mi corazón,
»Paco de mis entretelas,
»he recibido tu carta,
»tu carta, que me demuestra
»que, después de mí, eres tú
»el hombre de más cabeza
»ó, si se quiere, talento
»que ha nacido en esta tierra.
»Currito, estoy asombrado
»de tu gran inteligencia...
»¡Ni al demonio se le ocurre
»inventar lo que tú inventas!»
—¡Pues es claro!... ¡Soy un sabio!
¡Bien lo decía mi abuela,
que esté en gloria!

(Vuelve á leer.) «Lo que hiciste
»hace poco en las aldeas
»inmediatas á ese pueblo,
»y que, si mal no recuerda
»mi frágil memoria, son
»dos: Alicante y Novelda:
»tiene mucha gracia, mucha:
»aquí causó gran sorpresa
»tu habilidad, y mereces
»por ello una recompensa.
»Tú presentaste una *papa*
»(que así llaman en mi tierra
»y en la tuya á la patata)
»é hiciste ver que *col* era...
»¡Se necesita talento!...
»¡Tienes unas ocurrencias!
»Ahora dices que en Toledo
»has hecho una cosa idéntica.
»Apruebo todos tus planes,
»porque tengo la certeza
»de que cosa hecha por tí
»ha de ser cosa bien hecha.
»Puedes hacer cuanto gustes
»en ese pueblo: no temas.
»Al que hable, garrotazo;
»al que chille, á la perrera;
»al que te falte, dos tiros

»y á la fosa; porque mientras
»yo gobierne en esta insula,
»deseo ver mi sistema
»puesto en práctica.»

—¡Qué hombre!

Tiene las mismas ideas
que yo: claro.
(Vuelve á leer.) «Tú ya sabes
»que te estima y que te aprecia,
»y que te quiere muchísimo,
»Antón. Post data: Si llegas
»á saber el paradero
»de Manuel, no te detengas
»en avisármelo. Yo
»ignoro donde se encuentra,
»y estoy pasando estos días
»cada susto... ¡si supieras!...
»«Espresiones á Lolilla
»que seguirá tan *flamenca*
»como siempre... ¿no es verdad?»
(Dejando la carta sobre la mesa.)
¡Ya lo creo! Si la vieras,
te quedabas *patitieso*...
(Pausa breve.)

Esta carta me consuela.
Don Antón es un *barbián*...
un *barbián* de *búten*. Mientras
él sea gobernador,
yo puedo hacer lo que quiera
en este pueblo. No hay quien
quitarme la vara pueda.
Al que hable, un garrotazo
en mitad de la mollera;
al que chille, al calabozo;
al que á faltarme se atreva,
cuatro tiros, y después
salga el sol por Antequera!
(Se levanta y pasea.)
Yo soy el alcalde, ¿estamos?
y tengo mucha cabeza,
y soy un sabio, según
me dijo un día mi abuela;
y no fué mi abuela sólo
quien supo apreciar mis prendas
personales, no, señor;
más de veinte y más de treinta
han venido aquí á decirme,
que soy una enciclopedia.
¡Enciclopedia!... ¡Ahi es nada
lo que yo soy!... ¡Friolera!
Yo no sabía al principio
lo que la tal palabreja
significaba, porque
en palabras extranjeras
no estoy fuerte, la verdad;
pero el maestro de escuela
me explicó el significado
y me dijo: «Enciclopedia
»es el conjunto de todas
»las industrias, artes, ciencias...»
¡Pues es claro!... Vea usted
si tuvo razón mi abuela
al decir que era yo un sabio;
y vea usted cómo aciertan
todos los que dicen que
yo soy una enciclopedia.
Y sino, vamos á ver:
¿Hay cosa que yo no sepa
en este mundo? Empecemos
el examen por las ciencias:
Soy licenciado en embollos,
y en farsa y en inmedestia:
doctor en charlatanismo,
en chismes y en agudezas.
He publicado una obra
en varios tomos, que lleva
este retumbante título:

Instrucciones verdaderas

para uso de los que
deseen cojer la breva
en otoño y en invierno,
en verano y primavera.
He publicado otra obra
titulada: *Cosas viejas*
y cosas bien nuevecitas,
ó colección de recetas
para lograr que el petróleo
en almizcle se convierta.
Y dentro de poco tiempo
publicaré una novela
científico-recreativa
y fabulosa-estupenda
en que se tratan cuestiones
trascendentales y serias.
He aquí el título: *¿La col*
antiguamente *col* era?
¡Hombre si esto no es ser sabio,
que venga Dios y lo vea!
Pasemos á las industrias...
En industrias no hay quien pueda
conmigo. Si es que alguien duda,
que se tome la molestia
de venirse por aquí
un ratito, y cuando vea
mi fábrica de elecciones,
mi taller de extratagemas
y mi motor de reclamos
y la máquina-sorpresas,
se queda de fijo con
dos palmos de boca abierta.
¿Pues y en bellas artes? Vamos,
que lo que es en artes bellas
soy el primero del mundo...
y sino aquí esta la prueba.
(Coje la guitarra: tose varias veces y canta.)

Música.

Todos los que quieran felices vivir,
todos los que quieran comer y gozar,
deben al instante mi ejemplo seguir,
deben mis lecciones al punto tomar.
Son los poderosos honrados y listos,
tontos y canallas los humildes son:
fuerte con el débil, débil con el fuerte;
este es mi consejo, esta es mi opinión.

Mientras haya burros
en este país,
el hombre que es pillo
puede ser feliz.
El burro es el pueblo,
la ley el ronza,
y yo el arriero
que le hace sudar.

(Deja la guitarra: y mientras la orquesta toca
un bailable flamenco, él baila algunos com-
pases. Coje luego las banderillas y hace algu-
nas suertes en la escena. En la última de esas
suertes supone que el toro arranca desde la
puerta del fondo y se dirige Paco al mismo á
tiempo que entra el beato Alejo quien recibe
un fuerte empellón.)

ESCENA II.

PACO y el beato ALEJO vestido de largo levitón, lle-
vando debajo del brazo izquierdo un libro de oracio-
nes y en la mano derecha un rosario muy grande.

Hablado.

Bto. (Quejándose.)
¡Jesús, María y José!
Paco. ¡Por vida de Dios! No sabe

usted lo que siento...
 BTO. *(Sonriendo.)* Si no es nada...
 Pero este señor Alcalde
 siempre con tan buen humor...
 tan gracioso... *(Rezando)*
Dios te salve,
Maria... ¿Qué tal, qué tal?
(Continúa Paco haciendo suertes de banderillas.)
 ¿Hay algunas novedades?
 Llena eres de gracia... ¿Ha
 recibido usted algún parte
 de don Antón?... *El señor*
es contigo... Porque ya hace
días que le escribió usted,
y extraño que tanto tarde
en contestar... sin embargo,
su ocupación es tan grande...
Bendita tú eres entre
todas las mujeres.
(Vuelve á tropezar Paco con Alejo al hacer
una de sus suertes de banderillas.)
 ¡Dale!
 ¡Y siempre con su afición!
 ¡Pero qué señor Alcalde
 tan gracioso y tan!...

PACO. ¿Verdad
 que no hay quien á mí me gane
 en esto de...? *(Ademán de torear.)*
 BTO. ¡No, señor!
 Ni tampoco quien le iguale...
 y bendito sea el fruto
 de tu vientre... ¿No se sabe
 nada del gobernador?

PACO. Ya puede usted enterarse
 de esa carta que esta ahí.
(Señalando á la mesa.)
 BTO. ¡Hombre, sí! Voy al instante...
 ¡El bueno de don Antón!...
Jesús. Santa María, madre
de Dios, ruega por nosotros.
¡Es tan dulce su carácter!...
Los pecadores, ahora
y en la hora...

PACO. ¡Vaya! Acabe
 de una vez con su oración
 y lea.
 BTO. Voy al instante,
 sí... *De nuestra muerte, amen.*
 Ya que es usted tan amable...
(El Beato coje la carta y empieza á leer. Paco
deja las banderillas, coje la espada y la mule-
ta y continúa sus ejercicios taxrómicos.)
 ¡Hombre!... ya son demasiados
 los elogios que de él hace.)
(Continúa leyendo.)
 ¡Es listo, pero no tanto
 como dicen... ¡Qué diantre!
Lo de la papa col era
no es una invención tan grande...
Yo hubiera hecho lo mismo,
si hubiera sido el alcalde.)
(Continúa leyendo.)
 ¡Eche usted atribuciones!
 La verdad, son irritantes
 tantos privilegios.)
(Deja la carta sobre la mesa. Paco cuelga la
espada.)

PACO. ¿Qué?
 ¿Se enteró usted del mensaje?
 BTO. Desde la cruz á la fecha...
 PACO. ¿Qué le parece?
 BTO. ¡Admirable!

Amigo mío, jamás
 se han dicho tantas verdades
 en menos palabras. Yo
 que sé lo mucho que vale
 esta cabeza, conozco
 la justicia que le hace
 don Antón.

PACO. Ciertamente: eso mismo
 he dicho yo al enterarme
 de la carta...
 BTO. ¡(Qué modestia!)

¡Bien dicho!

PACO. ¿Quiere sentarse?

Echaremos un traguillo.

BTO. Sí, señor: ¿Cómo negarme
 á esa fina invitación?
(Se sientan ambos junto á la mesa y Paco
llama.)

PACO. ¡Muchacha!... ¡muchacha!
(Aparece una criada por el fondo.)
 Tráete
 una botella y dos vasos
(Desaparece la criada.)
 BTO. ¡Hombre! tengo que contarle
 algunas cosillas.

PACO. ¿Sí?
 Pues empiece.

BTO. La otra tarde
 me fuí un ratito á la escuela.

PACO. ¿Qué tal el maestro?

BTO. Quejándose
 siempre de que no le pagan.
(Entra la criada con la botella y los vasos: los
deja sobre la mesa y se retira.)
 ¡Jesús, qué hombre tan cargante!
 ¡Como si tuviese usted
 obligación de pagarle!
 Pero esto no es lo peor:
 lo peor, amigo alcalde,
 es la mala educación
 que se da á los escolares.
 ¡Qué escándalo, amigo mío!
 ¡Qué inmoralidad tan grande!
 Las cosas que allí se enseñan
 son á cual más infernales...
 Gramática, Geografía,
 Geometría, Historia... ¡Calle
 usted, por Dios! porque hay cosas
 que no pueden tolerarse.
 Le pregunté á un chiquitín
 que si podría explicarme
 la vida de San Juan y
 los milagros principales
 que hicieron los doce apóstoles,
 ¡y no supo contestarme!
 Voy y digo á un grandullón
 «Dígame usted: ¿cuántos mártires
 «inmoló la tiranía
 «en las pasadas edades?
 «Sabe usted lo que me dijo?
 «Jesús, no quiero acordarme!
 «La Historia (exclamó el perverso)
 «muestra en páginas brillantes
 «los nombres de Maldonado,
 «Bravo y Padilla, indomables
 «y valientes defensores
 «de las santas libertades
 «de su patria.» ¡Jesucristo!
 Le pregunto por los mártires
 de la santa Religión,
 y se permite nombrarme
 á Padilla, Maldonado
 y Bravo... ¡Tres liberales!
 Al oír tal hereja,
 tal insolencia, la sangre
 se me subió á la cabeza...
 Salí de aquel antro infame
 de corrupción, asombrado,
 aturdido, loco... ¡Calle
 usted, por Dios, que estas cosas
 no deben, no, tolerarse!

PACO. Tiene usted mucha razón,
 don Alejo, y por mi parte
 le prometo poner término
 á todas esas maldades.
 Ayúdeme usted y verá
 si conseguimos que salte
 ese profesor maldito
 que tanto daño nos hace
 en el pueblo.

BTO. ¡Si lo que
 yo deseo es ayudarle
 en todas estas cuestiones
 tan áridas, tan importantes
 que afectan al porvenir
 de nuestro pueblo! Ya sabe,
 pues don Antón se lo dice
 con frecuencia, que tratándose
 de estos asuntos, debemos
 ponernos de acuerdo, y darles
 la solución que convenga...

PACO. A nosotros.

BTO. ¿Qué tunante
 es usted, amigo mío!

PACO. Pues anda, que usted...
 BTO. ¡Carape!

Siempre me consideré
 muy honrado al imitarle.

PACO. Somos tal para cual.

BTO. Creo
 lo mismo, señor alcalde.

PACO. echando vino en los vasos y ofreciendo uno
 al Beato. Ambos beben.

Vaya otro trago.

BTO. Pues venga

PACO. Arriba, hasta que se acabe.

BTO. ¡Qué aroma tan delicioso!
 ¡Qué sabor tan agradable!
 Será de la viña...

PACO. Claro:
 de la de siempre, compadre:
 de la viña Presupuesto.
(Llenando otra vez los vasos.)

Otro vaso más.

BTO. ¡Qué suave!
 Me bebería una cuba
 de cada vez.

PACO. Su gaznate
 parece un embudo.

BTO. ¿Sí?

PACO. Y un embudo de los grandes.

BTO. Vamos, como el de la ley,
 que usa usted en algunos trances.

PACO. Pero ¡qué tuno es usted!

BTO. Pero ¡y usted qué tunante!
Empiezan á cantar (alegrillos.)

Música.

PACO. Soy un alcalde flamenco,
 soy un alcalde barbián.
 alcaldes de mi chirumen
 no se ven ni se verán.
 Canto con gracia
 las peteneras,
 las seguidillas,
 las malagueñas.
 Bailo el jaleo,
 y también sé
 matar un toro
 de un volapié.

BTO. Tengo un rostro venerable;
 sé mentir con perfección:
 se reducen mis deseos
 á morir de indigestión.
 Mientras mi alma
 se eleva al cielo,
 con ambas manos
 me agarro al suelo:
 arriba busco
 mi salvación,
 abajo encuentro
 rico turrón.

(Vánse por el fondo.)

CUADRO SEGUNDO.

Cae un telón de calle que oculta la habitación.

ESCENA III.

LA PRENSA democrática representada por una mu-
 jer vestida con traje humilde adornado con títulos
 de periódicos. Es coja y manca. Lleva una gita-
 rra. Aparece por la izquierda empujada brutal-
 mente por el aguacil Olivón.

Hablado.

P.^a D. Pero, hombre, dejeme usted...
 Si yo á nadie le hago daño...

OLIV. Le he dicho á usted veinte veces
 que se calle.

P.^a D. Ya me callo.

OLIV. ¿Qué se calla usted? ¡Mentira!
 Ni se calla ni ha callado
 jamás, ni es fácil que calle,
 mientras viva. ¡Voto al chapiro!
 Pues si habla usted por los codos.

P.^a D. Tiene usted razón; yo hablo
 muchísimo; pero es
 porque á ello me obligan.

OLIV. Vamos,
 no empecemos otra vez,
 niña.

P.^a D. Yo la vida paso,
 ganándome la existencia
 á fuerza de mil trabajos.
 Soy desgraciada, soy pobre:
 si no fuera porque hallo
 en todas partes amigos
 que más bien son mis hermanos,
 me hubiera muerto á estas horas
 ó de hambre ó de quebranto:
 siempre estoy enferma, siempre:
 hace lo ménos diez años
 que no tengo día bueno;
 todos son días muy malos
 para mí... ¡días de pena,
 desesperación y llanto!

OLIV. ¿Y á mí qué me importa eso?

P.^a D. Señor Olivón ¡(Qué ganoso
 es este tío!) Ya sé
 que le tienen sin cuidado
 mis pesares; pero yo
 me desahogo al contarlos...

OLIV. Pues desahóguese... ó ahóguese,
 que á mí me es igual...

P.^a D. ¡(Qué bárbaro!
 Yo era jóven y dichosa;

yo era libre como el pájaro
que desde el alba principia
á vagar por el espacio,
y, como el pájaro, daba
al aire mi alegre canto,
para que todos pudiesen
alegrarse al escucharlo...
Pero un día ¡triste día!
la risa huyó de mis labios,
el color de mi semblante;
de mi garganta brotaron,
en vez de notas alegres,
gritos de dolor y espanto...
De esto hace ya mucho tiempo...
Una enfermedad... ¡Dios santo!
¡Qué enfermedad tan terrible!

OLIV. Sería el tífus acaso.

P.^aD. ¡Mucho peor!

OLIV. La viruela.

P.^aD. ¡Mucho peor!

OLIV. Pues, ¿qué diablos
era entonces? ¿Tal vez cólera?...
¿ó fiebre amarilla?...

P.^aD. Algo
peor que esos males fué
el que yo tuve.

OLIV. ¡Canastos!

P.^aD. Tuve... pero no hace al caso

el nombre de la dolencia;
basta ver sus resultados;
sin movimiento esta pierna,
sin movimiento este brazo,
dolores en todo el cuerpo,
y en todo el cuerpo unos granos
malignos, que creo se llaman
fiscales, y son tan malos,
tan rebeldes... ¡ay, señor!
que no hay medio de curarlos.
¡Y qué dolor me producen!

¡Si cada uno es un clavo
ardiendo, ¡ay Dios! y me salen
catorce ó quince diarios...
¿Y mi cabeza? ¡Señor
Olivón de mis pecados!
Mi cabeza es una fragua,
un volcán: á cada paso
que doy, se me figura
va á saltar en mil pedazos...
Y luego tengo unas náuseas,
y unos vómitos... ¡Es claro!
Veo cosas por ahí

tan repugnantes... Si trato
de apartar mi vista de ellas,
otras al instante hallo
más repugnantes aún...
No sosiego, no descanso;
paso las noches gimiendo,
paso los días gritando;
sufro mucho, lloro mucho;
mis amigos, mis hermanos,
se desesperan al verme
en tan tristísimo estado...
Déjeme usted que me queje,
déjeme usted que, cantando
mis penas y mis dolores,
vaya por el pueblo... Vamos,
me deja usted, ¿no es verdad?

OLIV. Si yo á nadie le hago daño.

¡Basta de conversación!

OLIV. Mi paciencia se ha acabado;

ni me entenece su pena,

ni me entenece su llanto.

Yo, que soy el alguacil

del ayuntamiento, hago

lo que me manda el alcalde,

y el alcalde me ha mandado

que no la permita á usted

escandalizar, ¿estamos?

porque usted no hace otra cosa

que ir escandalizando

á los vecinos pacíficos

de este pueblo.... ¡Largo! ¡largo

de aquí al momento! (Dándole algunos em-

pujones.)

P.^aD. Ya voy.

OLIV. O la suelto un garrotazo.

P.^aD. (Da algunos pasos hacia la derecha.)

(¡Jesús, y qué hombre tan bestial!)

OLIV. ¿No oye usted?

P.^aD. Que ya me marchó.

(Mirando á la izquierda.)

¡Ay de mí!... Por allí vienen

el alcalde y el beato

don Alejo... Ya me dan

las náuseas. ¡Jesús, qué asco!

(Retírase por la derecha, y empujada por

Olivón.)

ESCENA IV.

OLIVÓN, PACO y el BEATO por la izquierda.

PACO. (Al Beato.) Pues no me parece mal
lo que usted dice.

BTO. (A Paco.) Yo creo
que ha de dar gran resultado
la idea que le he propuesto.

OLIV. Muy buenos días, señores.

BTO. ¡Hola, Olivón!

PACO. ¿Qué hay de nuevo?

OLIV. Pues, nada; que eché de aquí,
en este mismo momento,
á esa pícara muchacha
que nos alborota el pueblo.

PACO. Hiciste bien, Olivón;

voy á hacer un desacierto

con esa alborotadora

muchacha. ¡Pues está bueno!

La he dicho más de mil veces

que se marche á los infiernos

á cantar, porque al oírlo

me dan ataques de nervios;

y la he dicho más de mil

veces, que yo no consiento

que canten aquí personas

que no sean de mi aprecio.

La tía Prensa Canovina,

y el sacristán, y el barbero,

pueden cantar cuanto gusten,

porque esos cantan flamenco,

que es lo que me priva á mí;

porque cantan con salero,

y porque en todas sus coplas

dicen que el alcalde es bueno,

y gracioso, y arrogante,

y hombre de mucho talento,

y amigo de hacer favores

á todo el mundo, y...

BTO. Modesto...

PACO. ¡Y que lo diga usted, amigo!

En resumen: si yo vuelvo

á ver por aquí á esa chica,

me la cojo y me la encierro

en un sótano, hasta que

no queden de ella ni huesos.

Si eso hiciese, ¿cómo se

lo agradecería el pueblo!

PACO. ¡Vaya si lo haré! Olivón,

alárgate en un momento

á casa del secretario,

y dile que aquí le espero;

que venga al instante. Corre,

Olivón.

OLIV. Si; voy corriendo.

(Retírase por la izquierda.)

ESCENA V.

PACO y BEATO ALEJO.

BTO. Pues, sí, amigo mío, sí;

es necesario adoptar

una determinación

que acabe con la maldad.

Esa escuela es un infierno,

el maestro un Satapás,

los discípulos diablillos

que aprenden ¡es natural!

todas las malas costumbres,

todos los vicios que han

causado tantos estragos

en la pobre humanidad.

Sólo hay un chico que no

se ha llegado á contagiar

en aquella impura atmósfera;

usted le conoce ya;

es el hijo de don Cándido,

el pequeño Mocedal,

un chico humilde, sencillo,

muy juicioso, muy formal,

de mucho talento... ¡vamos!

una alhaja, la verdad.

Aunque hace tiempo que estoy

reñido con su papá,

conozco que el chico vale;

¿y por qué lo he de ocultar?

Nada quita lo cortés

á lo valiente; hay que dar

al César lo que es del César.

¿No tengo razón?

PACO. Sí tal.

BTO. Pues bien; por Mocedalito

sabemos de *pé á pá*

todo lo que ocurre allí.

¡Cuánto horror! ¡Cuánta maldad!

¡Qué enseñanza tan dañina,

amigo mío, se da

en esa escuela! ¡Jesús,
María y José! No hay más
que un medio de salvación,
el que yo le he dicho.

PACO. Ya.

BTO. ¡Fuera ese maestro infame
que podemos reemplazar
con Reus, hombre dignísimo,
honrado á carta cabal

y fervoroso cristiano,

cuya vida es ejemplar;

en fin, un santo varón.

PACO. Sí; no me parece mal

su proyecto.

BTO. Pues, andando,

aquí el secretario está;

déle usted sus instrucciones.

ESCENA VI.

Los antecedentes. VILLASECA y OLIVÓN por la izquierda.

VILL. ¿Qué me tiene que mandar
el señor alcalde?

PACO. ¡Hola,

Villaseca! Venga acá.

(Se acerca Villaseca.)

Voy á confiarle á usted

una misión especial,

que con el celo de siempre

creo desempeñará.

VILL. Sabe usted, don Paco, que

siempre he cifrado mi afán

en serle útil.

PACO. Lo sé.

VILL. ¿Y qué?...

BTO. Vamos hacia allá.

PACO. Vengase usted, Olivón.

OLIV. (¿Qué será? ¿Qué no será?)

(Retíranse los cuatro por la derecha.)

CUADRO TERCERO.

Decoración de una escuela. En el fondo, y sobre
un pedestal, hay una estatua que tiene en una
mano una corona de laurel, y en la otra la
reja de un arado; á los lados de la estatua va-
rios atributos de la ciencia, industria y artes,
semejando un trofeo. En el fondo está la mesa
del maestro con todos los accesorios propios. A
los lados las mesas de los niños con sus propios
accesorios. En las paredes hay carteles, mapas
y muestras de diferentes cuadritos, y en último
término se distinguen globos del mapa-mundi
y del sistema solar, compases y demás efectos
y atributos de las ciencias y artes.

ESCENA VII.

El maestro ocupa su propia mesa con respeto y se-
veridad: los niños por orden ocupan sus respecti-
vos puestos en las mesas laterales, distinguiéndose
en los primeros términos Labra, Ortiz y Mocedal:
este Mocedal no canta, mostrándose enredador, dis-
gustado y cabizbajo, hasta llamar la atención del
maestro.

Música.

Himno que cantan los niños divididos en dos coros.

PRIMER CORO.

¡Salve, oh, madre de la ciencia!
¡Salve, fuente del saber!
¡Salve, oh, luz de nuestro suelo!
¡Salve, alumbra nuestra sien!

SEGUNDO CORO.

De tus divinos rayos
el rico manantial
se esparce en este suelo
brindándonos el pan.
Anima á la materia
tu ley espiritual
y lega á nuestras almas
la luz de la verdad.

PRIMER CORO.

¡Salve, oh, madre de la ciencia!
¡Etc... etc... etc...!

CORO SEGUNDO.

El genio poderoso
del Dios de la Verdad
creó en el Universo
la ley de gravedad
y libre el mundo gira
por una inmensidad,
y libre, como el mundo,
el pensamiento va.

CORO PRIMERO.

¡Salve, oh, madre de la ciencia!
¡Etc... etc... etc...!

Hablado.

Mst. ¡Mocedal! ¿Porqué no canta usted?

Moc. ¿Yo? Porque no quiero. Yo no sé estas oraciones, ni quiero aprender...

Mst. ¡Silencio!

Moc. ó va usted al cuarto oscuro.

Moc. Mi papá dice que aprendo sólo herejías.

Mst. He dicho que guarde usted más respeto...

Moc. Yo sólo sé el Catecismo, el Fleury y el Padre Nuestro, la oración de la mañana, la de la noche, y el credo y la salve...

Otz. Y ayudar á misa...

Moc. ¡Mejor!

Mst. ¡Silencio!

Otz. Y cojer el incensario, y el hisopo, y el incienso; ¡y pone un morro feroz, cuando canta el *Tantum ergo*! Luégo le cuenta á papá que nosotros no aprendemos esas cosas, y que todos nos burlamos de los neos. ¡Siempre inventando mentiras! ¡Siempre con chismes y cuentos!

Moc. Mientes.

Otz. Yo no miento nunca. Créame usted, señor maestro. Porque llevé los ciriales antes de ayer...

Moc. Embustero.

Otz. Con sobre-pelliz, bonete y aquel capisayo negro, dijo á su papá, que yo me burlaba de él; y luego me dió una paliza atroz mi madre por él...

M. 1.º Es cierto.

Yo lo ví.

Mst. Basta, muchachos.

Otz. (Me la ha de pagar.)

Mst. ¡Silencio!

A ocupar vuestras secciones con atención y respeto.

(*Siéntase el maestro en su mesa, y los muchachos van formando grupos en diferentes secciones, distinguiéndose en primer término dos grupos: uno de Ortiz, y otro de Mocedal. Los demás grupos producen el murmullo propio de las escuelas, deletreando en los carteles.*)

Otz. (El día que yo le coja...)

Moc. ¿Cuántos son los mandamientos?

Tú, Pascual.

M. 2.º Diez.

Moc. ¿Cuáles son?

Vamos á ver.

M. 2.º El primero, amar á Dios... El segundo... el segundo... No me acuerdo

Moc. Animal. (*Pegándole.*)

¡Más eres tú!

¡Monaguillo!... Señor Maestro, Mocedal está pegándose.

Moc. Porque es un bruto.

Mst. ¡Silencio!

Mocedal, mucho cuidado; que usted no tiene derecho para maltratar á nadie. ¿En dónde le enseñan eso?

Otz. En su casa.

Moc. (*A Ortiz en voz baja.*) Tonto, bruto, ignorante, majadero, hijo de un liberalote; pero ya llegará el tiempo en que arderéis todos juntos en las calderas de Pedro Botero.

Otz. ¿De veras?

Moc. Sí.

Otz. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Tu abuelo?

Pues cuéntale de mi parte que estamos en los infiernos desde que tus partidarios gobiernan en este pueblo.

Moc. ¡Así muéras de repente!

Mst. Pero, Mocedal ¿qué es esto?

¿Olvida usted que se halla

en la escuela? Hace ya tiempo que me extraña su conducta; y aunque con gran sentimiento, tendré que imponerle á usted un correctivo severo, si no permanece en clase con el debido respeto.

Moc. (Ya se lo diré á papá, y verás tú lo que es bueno.)

Otz. (*Al muchacho 1.º de su grupo.*) ¿Cuándo hay eclipse de luna? Vamos á ver, tú, Lorenzo.

M. 1.º Cuando ante la faz del sol se encuentra la Tierra, y luégo ésta eclipsa con su sombra la luna.

Moc. ¡Qué sacrilegio!

Otz. ¿Qué sabes tú, medio cura? Si sólo aprendiste rezos y salves...

Moc. Y tú herejías y maldades.

Otz. Te desprecio.

Moc. (*A muchacho 3.º*) Vamos á ver, Casimiro: atiende ó te rompo un hueso. Dime: ¿cuántas son las obras de misericordia?

M. 3.º Ciento

Moc. ¡Bárbaro! (*Pegándole.*) A mí no me pegas, porque te estampo los sesos.

(*Luchan los dos, hasta que los grupos inmediatos se interponen para separarlos. El maestro se acerca al ruido.*)

Mst. Pero ¿qué alboroto es este?

¡Orden! Cada uno á su puesto.

(*Todos obedecen menos Mocedal que se encara al maestro.*)

Moc. Ahora mismo á mi papá voy á decírselo; que esto es una escuela de herejes, y la culpa es del maestro que no enseña más que historias y cosas de Galileo, y aquí no hay uno que sepa ni rezar el Padre Nuestro. (*Se marcha.*)

Mst. ¡Oye, niño!... ¿Qué descaro! ¿Habrás visto chicuelo más déspota? Bien hereda lo de sus padres y abuelos.

ESCENA VIII.

Los antecedentes: aparecen PACO, VILLASECA, ALEJO y OLIVÓN.

PACO. ¡Buenos días tenga usted!

Mst. Téngalos usted muy buenos.

PACO. Extrañará la visita; pero como alcalde vengo á reconvenir á usted, porque corren por el pueblo ciertos rumores que...

Bto. (*Al oído de Paco.*) ¡Firme!

PACO. Aquí está el señor Alejo que opina lo mismo.

Bto. ¡Es claro!

Mst. Pues ¿qué sucede?

PACO. ¡Maestro!

Usted no es lo que parece; y por lo que juzgo y veo, (porque á mí, gracias á Dios, lo que me sobra es talento.) (*Dirigiéndose al Beato.*) ¿No es así?

Bto. ¿Pues quién lo duda?

PACO. Ya oye usted á D. Alejo.

Mst. Si usted no se explica claro, ni una palabra le entiendo.

PACO. Será porque usted no quiera ó porque usted es un necio. Varios padres de familia, que traen aquí sus chicuelos, se me quejan con razón de que esto es más un infierno que una escuela, y, como alcalde, ni lo sufro, ni consiento que en la juventud se siembre la cizaña y el veneno que ciertos libros é historias contienen en sus preceptos. No hay un muchacho que sepa ni rezar un Padre Nuestro, ni una Salve, ni cantar en los días de precepto la letanía, ni el *agnus*... Y sepa usted que en mis tiempos no hacían falta ni cuentas,

ni estudiar á Galileo, ni nada de esos libretos que usted les mete en los sesos á esas pobres criaturas; ni nos hace falta eso. Lo que hace falta es saber bien el Catecismo entero, el Fleury, ayudar á misa... ¿Me explico bien, D. Alejo?

Bto. ¡Es usted el mismo Séneca!

Mst. Señor alcalde, yo creo que ni usted, ni muchos sabios que tienen igual talento, me enseñarán lo que yo á mis discípulos enseño. El Catecismo y el Fleury, la letanía, y el credo, y esos salmos, y oraciones, y otros libros... serán buenos; pero no tan necesarios para ejercer el empleo de un hombre de porvenir ó de un hombre de provecho. Hoy las ciencias y las artes necesitan un cimiento sólido y de consistencia para elevarse á un buen puesto; y el fanatismo no es arte, ni ciencia... ni mucho menos... Sin embargo, á nadie privo que lo estudie, pero creo que las ciencias y las artes se encuentran en primer término.

Mchs. ¡Bien, bien! (*Entusiasmados.*)

PACO. ¿Qué es eso de bien?

(*Al Secretario.*) Que les den á esos chicuelos unos cuantos pescozones. (*Villaseca ordena á Olivón, y éste sacude pescozones. Gran confusión.*)

Mst. (*Indignado.*) Téngase allá. No consiento que en la escuela, y ante mí, se cometa un atropello. ¡Protesto, señor Alcalde!

PACO. En uso de mi derecho, según la ley...

Bto. (*Del embudo.*)

PACO. Le prohíbo á usted...

Mst. No debo seguir un instante más en este ultrajado puesto. ¡No hay más ley que la justicia!

PACO. Ya lo verá usted.

Mst. ¡Veremos!

(*Crece la confusión.*)

(Se concluirá.)

ANUNCIOS.

¡VERÁN USTEDES!

Con el fin de que revienten los canovistas y carcas, saldrá á luz este periódico una vez á la semana. VERÁN USTEDES en él, zarzuelas llenas de gracia, chistosísimas comedias, y hasta espeluznantes dramas. VERÁN USTEDES qué palos vamos á atizar á Cánovas, y á Romero, y á Pidal, y á Elduayen, y á Quesada y á todas las sanguijuelas de nuestra querida patria.

Sólo cuesta QUINCE CÉNTIMOS el número, en toda España... ¿Han visto ustedes, señores, cosa más buena y barata?

LA ILUSTRACION POPULAR

REVISTA IBERO-AMERICANA.

Ayer se ha publicado el primer número de esta interesante Revista, que dirigen los conocidos escritores Sres. Rodríguez-Solís y Luis A. de Neira.

Admite suscripciones, á una peseta cincuenta céntimos al trimestre, en la Administración, calle de la Bolsa, 5, 2.º

IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL,
Platería de Martínez, 1.